

## LA DOCTRINA PEDAGOGICA DE ROUSSEAU <sup>1</sup>

RICARDO NASSIF (*La Plata*)

Para los pedagogos de hoy —aun para aquellos que lo niegan— Rousseau es algo así como el *substratum* de toda construcción educativa y de todo sistema pedagógico que aspire a tener alguna trascendencia. Es el punto de partida de una nueva manera de ver el noble proceso de la formación del hombre y el anunciador de caminos que todavía no han sido explorados del todo. Precisamente por ello, por sus anticipaciones, el pensador ginebrino pertenece a la estirpe de aquéllos cuyo ideario no puede agotarse en decenas de libros y, mucho menos en el brevísimo lapso de una conferencia, una clase o un artículo. No obstante, conocedores del riesgo que impone la limitación del tiempo y del espacio de que disponemos nos hemos decidido a acometer la empresa e intentar un esbozo de las grandes líneas de la pedagogía roussoniana, tomando especialmente aquellos aspectos que constituyeron un aporte original, revolucionario, a la teoría y práctica de la educación. Muchos de esos aportes han sido metamorfoseados por los años, pero en lo sustancial mantienen la misma frescura y la misma firmeza que tuvieron en el nacimiento.

### 1. — *Ubicación y fuentes de la pedagogía de Rousseau*

La vida y la obra de Rousseau se desenvuelven en un momento muy peculiar de la evolución de la cultura y del pensamiento humanos. Complejo y fecundo, el siglo XVIII lo contó entre sus hijos dilectos, y frente a él, el ciudadano de Ginebra reflejó en su persona —a la vez de muy rica estructura— los encuentros y desencuentros de ideas y de ideales que caracterizaron esa centuria inmortalizada por las grandes transformaciones políticas y sociales.

<sup>1</sup> Este es el texto —con leves modificaciones y ampliaciones, y algunas referencias bibliográficas— de la conferencia pronunciada por el autor, con los auspicios de la Sociedad Argentina de Escritores, en su sede de Buenos Aires en noviembre de 1962, como parte de un ciclo de homenaje a Rousseau al cumplirse los doscientos cincuenta años de su nacimiento, y los doscientos de la publicación del *Emilio* y el *Contrato social*.

El siglo XVIII es un siglo preocupado por la educación. Lo demuestra la gran cantidad de obras y de ensayos que en su transcurso se publicaron sobre el tema. El interés dominante por lo pedagógico está, por cierto, fundado en una determinada concepción del mundo y de la vida. Para el siglo iluminista la educación era el instrumento más adecuado para la ilustración. Al haber elevado la razón a una jerarquía hasta entonces insospechada, creyó preciso hacer llegar sus luces a los hombres, mediante un proceso de transmisión, esto es, mediante un proceso educativo. Los pensadores del 700 cayeron así en un optimismo educacional a toda prueba que convertía a la educación en una especie de palanca mágica capaz de mover el mundo.

Rousseau heredó ese interés por la educación, pero tuvo una conciencia muy clara de sus limitaciones. Al basar su trabajo sobre la individualidad del educando, resulta curioso el caso de este gran utopista que, extrayendo ideas de sus propias experiencias personales y, sobre todo, de sus sueños, supo decirle al educador que nada puede hacerse más allá de la individualidad y esto demuestra un sentido muy agudo de la realidad, sentido que es precisamente lo que muchos de sus críticos de ayer y de hoy han querido negarle.

Rousseau se rebeló contra la pedagogía iluminista no sólo al poner los límites de la individualidad, sino modificando el órgano central del proceso educativo. Mientras la pedagogía de las luces hablaba a la razón como órgano de esclarecimiento, Rousseau postuló la elevada jerarquía del sentimiento y de la intuición provocando así un cambio radical en la orientación del hacer formativo.

Por cierto, su pedagogía no viene de la nada, no es hija de la generación espontánea, ni procede exclusivamente de sus vivencias y aspiraciones individuales, aunque tanto le deba a estas últimas. Entronca con una vieja línea de pensamiento: el naturalismo, en su más amplio sentido, entendido como la búsqueda de posibilidades que alejan al hombre de los formalismos y artificios de una cultura excesivamente formalista e intelectualizada. Esta línea es fundamentalmente crítica y, en cierta manera, nace con los cínicos, sobre todo con los estoicos y los epicúreos de la antigüedad, para consolidarse desde los albores de la modernidad y tomar formas concretas en Vittorino da Feltre, y extenderse desde Erasmo a Rabelais y Montaigne, desde Ratke hasta Comenio y John Locke.

Rousseau trasciende esa línea, la amplía y transforma sus ideales que de exteriores al sujeto pasan a ser inmanentes a él, dentro del juego de sus disposiciones personales enriquecidas por el proceso de formación.

Al pertenecer a un tiempo con una determinada cosmovisión, y al disponer de la fuerza suficiente para superarlo, en el pensamiento educativo de Rousseau, mejor dicho en el curso de su constitución, aparecen algunas contradicciones exageradas por los críticos. No obstante un análisis consciente puede borrar esas contradicciones, que más que contradicciones son tensiones creadoras de ideas y de experiencias, de vigencias y de exigencias.

Es así que cuando se penetra la obra y la vida de Rousseau, lo primero que llama la atención es la aparente inconsecuencia entre los actos y el pensamiento, la paradoja de un pensador que describió formas ideales perfectas de educación y el hombre que no supo, o no pudo, aplicar en los hijos de su carne, el estilo formativo que con tanto esmero realizó en Emilio, el hijo de su espíritu y de su fantasía. Rousseau no necesita un justificativo reivindicatorio superficial, ni pretendemos buscarlo aquí. Sobre todo porque quienes manejamos permanentemente las cosas de la pedagogía, sabemos que esa contradicción entre idealidad y realidad está en la esencia de los escritores pedagógicos y forma parte del destino de toda auténtica doctrina educativa que, como tal y por definición, anticipa el futuro.

Rousseau fue un típico hombre de su tiempo. Pero a la vez quiso serlo del tiempo nuevo que le tocó anunciar. Está ubicado en el momento mismo de la escisión —él es la escisión— de dos maneras de pensar y sentir, y sin poder desprenderse del todo del racionalismo de la época, abrió las brechas del romanticismo que ve en él uno de sus indiscutibles pioneros. Es por eso que en su obra hay, reiteradamente, manifestaciones que no son del todo coherentes: junto al principio general y racional estalla la expresión del sentimiento y de la espontaneidad individual. Pero por encima de las supuestas incoherencias, la personalidad del pensador es la síntesis dada en la universalización de lo individual y la realización de la individualidad como condición de la universalidad. Y esta solución de la antinomia es, sin lugar a dudas, el clima general en el cual debe situarse todo aquel que quiera entender la pedagogía de Rousseau "desde Rousseau".

## 2. — *Los escritos pedagógicos de Rousseau*

Las ideas pedagógicas de Rousseau están dispersas en casi todas sus obras, *Emilio o de la educación* es sin duda la mejor y la más sistemática, pero no es la única que contiene sus puntos de vistas sobre el tema. Mas aún hay ideas que no pueden explicarse en el *Emilio*, o en que en este libro quedan trucas si no se recurre a otros de sus escritos. Rousseau encuentra siempre ocasión para

exponer algún pensamiento o alguna observación valiosa, sin contar con que es, por esencia, un reformador y que toda palabra que el reformador pronuncie puede tener un sentido educativo.

Así en relación con el *Emilio* no pueden dejarse de lado *Julia* o *La nueva Eloísa*, que le antecede, y el mismo *Contrato Social*, aparecido en el mismo año —con escasos meses de diferencia— que su novela pedagógica.

*La nueva Eloísa*, aparecida en 1769, es obra anunciadora del romanticismo, y la primera de Rousseau que en forma novelada predica el retorno a la naturaleza y desarrolla la tesis del abandono del libertinaje por el verdadero amor. Hay en ella un ideal matrimonial, que en cierta manera complementa a *Emilio* que deja a su héroe en la puerta del matrimonio. No nos interesa el análisis de *La nueva Eloísa*, sino tan sólo presentarla como fuente para el conocimiento de las ideas pedagógicas de Rousseau, puesto que efectivamente en la tercera carta de la quinta parte, y a propósito de los hijos de Julia, se encuentran unas cuantas páginas que son casi una primera versión del primer libro del *Emilio*. Rousseau pone esa versión en boca del señor y la señora de Wolmar. En esta parte están ya claramente expuestos algunos de los postulados que darían forma al tratado sobre educación, tales como los relativos a la bondad y salud de los caracteres en sí mismos, y la imputación de los vicios a las malas influencias más que a la naturaleza. Ideas que, por otra parte, habían tenido su expresión sociológica y filosófica en los dos célebres *Discursos*.

El mismo *Contrato Social* puede analizarse desde el punto de vista pedagógico, y en vinculación con el *Emilio*, que es algo así como la preparación del hombre del *Contrato*. Mientras el *Emilio* es la novela del hombre individual, el *Contrato* es la "novela" del hombre social, y está en el fondo de la concepción roussoniana la firme creencia en que este último no puede realizarse sin aquél. Un pedagogo roussoniano no puede dejar de leer el *Contrato* si quiere tener clara conciencia de qué ha de suceder con el "individuo" Emilio.

Tales las dos grandes obras que forman el marco de la pedagogía que Rousseau expone en su *Emilio*, aunque no puede dejar de mencionarse las célebres *Confesiones*, donde se muestra al rojo vivo el drama de la formación personal de Rousseau, y que como autobiografía ayuda a penetrar en el proceso interior de un hombre de la talla del ginebrino; y los mismos *Ensueños de un caminante solitario*, que muchas veces entregan más de una clave para interpretar su pensamiento pedagógico. Pero debemos conformarnos con indicar los escritos que específicamente e intencionadamente sirvieron a su autor para exponer una doctrina educativa.

Cronológicamente son los siguientes: En 1740, *Proyecto para la educación de M. de Saint Marie*; en 1762, *Emilio o de la educación*; en 1763, *Emilio y Sofía o Los solitarios*; en 1772, *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, particularmente en sus capítulos III y IV. También podrían citarse algunos pasajes muy sugerentes de su ensayo *De la economía política* escrito en 1753 y publicado dos años más tarde en la gran *Enciclopedia*.

El *Proyecto de educación para M. de Saint Marie* es el fruto de una de sus escasas experiencias directas como educador. En 1730, en Lausana y Neûchatel, y en 1733, en Chambéry, Rousseau había tenido oportunidad de enseñar música. En 1740, y para alejarse de Les Charmettes, Rousseau se convirtió en preceptor de los dos hijos de Bonnot de Mably, preboste de Lyon, realizando esa tarea durante un año. Rousseau se desalentó pronto, pues los hechos le demostraron que no tenía la suficiente capacidad para una empresa de ese tipo, pero escribió el *Proyecto* dirigido al preboste del Lionésado, esbozando algunas de las ideas que más tarde precisaría en el *Emilio*, aún cuando el estilo de este escrito está muy lejos de la obra de 1762. Lo que importa destacar en el *Proyecto* es, sin embargo, su aguda capacidad de observación y la afirmación de que a cada carácter ha de corresponder un tipo diferente de educación. En efecto, de naturaleza distinta, los dos alumnos que le fueron confiados, Saint Marie y Condillac fueron estudiados a fondo por Rousseau — “Yo estudiaba el espíritu de mis alumnos, dice, y lo comprendía muy bien”, pero como no tenía la virtud de realizar sus pensamientos, prefirió exponerlos ante el padre y lo hace con un raro esmero. Así mientras Condillac es de una naturaleza blanda y tierna, Saint-Marie es vivo, inclinado a la disipación, adornado de bellas cualidades, “pero ofuscadas por muchos malos hábitos, y con una fuerte aversión hacia todo lo que lleva el nombre de estudio y aplicación”. De ahí su especial preocupación por este último con el cual deben tomarse previsiones que serían innecesarias con el primero.

El *Emilio*, apareció simultáneamente en La Haya y en París, en 1762, aunque su autor lo había concebido a partir de 1755, y comenzado a escribir en 1758.

Según la opinión de Lemaître<sup>2</sup> era inevitable que Rousseau escribiera ese libro arrastrado por el creciente interés de la época por la educación, y por la propia experiencia del autor. El mismo se había desarrollado solo, fuera de la familia, de la escuela y de la sociedad. Había carecido de la enseñanza de padres y maestros, con la sola excepción de los dos años pasados con el pastor

<sup>2</sup> JULES LEMAITRE, *Jean Jacques Rousseau*. París, Calmann-Levy, 1925.

Lamercier. Y aquí está el prodigio: de la educación sin familia, ni escuela, ni preceptores, nació esa maravilla de sabiduría, de virtud y de sensibilidad. Emilio es Juan Jacobo, y las lecciones que Rousseau niño y adolescente recibió de sus solitarias caminatas, él mismo las volcará metódicamente en su discípulo imaginario.

No quiero insistir en el significado del *Emilio* como fuerza de transformación de ideas y de prácticas educativas, pero sí hacer referencia a su factura. El *Emilio* es una mezcla de tratado de educación y de novela. A medida que se avanza en su lectura se comprueba que es cada vez más novela que tratado, como si Rousseau no pudiese contener los impulsos de su fantasía. Y esto ha hecho que el libro V, a pesar de su profundidad, sea el menos leído, por considerárselo como pura expresión literaria.

Rousseau no fue el primero en dar forma novelada a un pensamiento educativo. Esta tradición había sido inaugurada por Fenelón con su *Telémaco*, publicado en 1699, y se hizo bastante habitual utilizar esa forma como vehículo de un saber pedagógico. Rousseau le dio gran impulso, para alcanzar alturas insospechadas con el *Wilhelm Meister* de Goethe.

Los cinco libros del *Emilio*, se continuaron con otra obra, otra novela de la cual Rousseau sólo escribió dos capítulos: *Emilio y Sofía o Los solitarios*. Intento muy inferior al *Emilio*, donde los personajes pierden fuerza como si el autor se complaciera en debilitarlos.

Finalmente las consideraciones sobre el gobierno de Polonia y sus reformas, contiene un capítulo, el IV, dedicado enteramente a la educación y que comentaremos más adelante. Pero entremos ya a la presentación de las ideas pedagógicas de Rousseau.

### 3. — *La naturaleza y la idea de la educación natural*

La doctrina pedagógica de Rousseau se apoya en dos ideas centrales que dan sentido hasta a los aspectos menores de esa doctrina. Una es la idea de la *naturaleza* que fundamenta la teoría de la *educación natural y negativa*. La otra es la de *actualidad de las edades* que culmina en una teoría de la *educación genética*.

La primera es concepto-eje en la totalidad del pensamiento roussoniano, mientras que la segunda estructura concretamente el conjunto de sus principios psicológicos y pedagógicos.

Analicemos, pues, en primer término, la concepción de la *naturaleza* poniendo el acento sobre sus consecuencias pedagógicas.

Entre los múltiples calificativos con los cuales se ha pretendido caracterizar el sistema de Rousseau ninguno lo expresa mejor que el de "humanismo naturalista" o "humanismo de la naturaleza". En efecto, Rousseau no es el exaltador de la naturaleza como simple medio o marco del quehacer humano. Lo que a él le preocupa es, esencialmente, la relación del hombre con la naturaleza; más aún, el hombre dentro de la naturaleza y la naturaleza del hombre. Rousseau concibe a la naturaleza en función del hombre, como fuente de lo humano a la vez que como ideal humano.

El concepto de naturaleza no tiene en Rousseau, por lo menos ante un primer golpe de vista, un significado unívoco. Por el contrario parece tener varias acepciones y, al mismo tiempo, distintos grados o niveles.

El punto ha sido estudiado por muchos comentaristas de su obra, pero en un esfuerzo de síntesis, y teniendo en cuenta particularmente sus escritos, puede decirse que si bien el término naturaleza se presenta con distintos significados, estos están estrechamente vinculados como para guardar suficiente unidad.

La tesis roussoniana de la naturaleza es, antes que nada, hija de una postura crítica frente a la cultura de la época. De acuerdo a ella, la naturaleza es lo originario, lo absolutamente perfecto, lo espontáneo, lo intocado por los convencionalismos sociales. La oposición entre naturaleza y cultura que aquí se plantea debe ser entendida en su justo sentido, puesto que si bien Rousseau en un primer momento parece identificar la naturaleza con la vida salvaje y primitiva, posteriormente aclaró su pensamiento, para considerar a la naturaleza como el conjunto de las disposiciones humanas en toda su fresca e integridad.

Esa idea de la naturaleza es de capital importancia para la comprensión de su doctrina educativa, y explica la oposición de Rousseau a la pedagogía iluminista de su tiempo. En nombre de las luces de la razón, los ilustrados habían lanzado sus dardos contra la tradición y la historia y combatido la estructura de la sociedad en nombre de los derechos naturales, Rousseau, sin abandonar el individualismo y el antihistoricismo de su época, aplica despiadadamente su crítica contra la cultura y las costumbres sociales en nombre de la espontaneidad de la naturaleza humana. Por eso más que de oposición entre cultura y naturaleza, se trata de oposición entre intelecto y sentimiento, en tanto el uso exclusivo de aquél ha llevado a artificios que han alejado al ser del goce de sus sentimientos y ocultado capacidad creadora de éstos.

La lucha de Rousseau va dirigida —como dice Mondolfo— "contra la cultura embarazosa que permanece exterior al espíritu y lo sofoca, pero no contra

el desarrollo activo del espíritu, cuya libertad y dignidad quiere más bien reintegrar: es la reivindicación de la interioridad, no la negación de la *humanitas*"<sup>3</sup>. Anunciaba así a su tiempo un nuevo tipo de dignidad, la de la naturaleza humana, que él sintió con una fuerza singular. Este y no otro es el sentido de su humanismo, tan bien compendiado en estas palabras suyas: "¿Qué ser aquí abajo, fuera del hombre, sabe observar a los otros, medir, calcular, prever sus movimientos, sus efectos, y unir, por así decir, el sentimiento de la existencia común al de su existencia individual? . . . Que me muestren otro animal sobre la tierra que sepa hacer uso del fuego y admirar el sol. ¡Qué digo! Puedo observar, conocer los seres y sus relaciones; puedo sentir lo que es el orden, la belleza y la virtud; puedo contemplar el universo, elevarme hasta la mano que lo gobierna; puedo amar el bien y hacerlo, y me compararía con los animales? Alma abyecta, la triste filosofía te iguala a ellos. . . Yo que no tengo ningún sistema que sostener. . . contento del puesto en que Dios me ha colocado, no veo nada mejor, después de él, que mi especie; y si tuviese que escoger mi lugar en el orden de los seres, ¿qué cosa mayor podría elegir que ser hombre?"

Sin duda alguna esa exaltación del hombre, la del hombre natural, que de ningún modo se identifica con el hombre salvaje y primitivo, alejado de todo tipo de comunidad. De ahí que el libro IV del *Emilio* diga que "al querer formar el hombre de la naturaleza, no se trata por esto de hacer de él un salvaje y relegarlo en el interior de los bosques; basta que envuelto en el torbellino social, no se deje arrastrar por las pasiones ni por las opiniones de los hombres; que vea con sus ojos y sienta con su corazón; que ninguna autoridad lo gobierne fuera de su propia razón".

Es de este modo que la naturaleza adquiere para Rousseau no sólo el sentido de lo originario y espontáneo, de lo opuesto a las falsas convenciones sociales, sino también y, por sobre todas las cosas, significa para él lo humano en sentido estricto, lo espiritual sujeto a normas, lo perfecto. Es decir que alcanza un sentido ético pleno que expresa la unidad, la riqueza y la verdad de los sentimientos individuales.

El acceso a esa naturaleza espiritual y creadora que en el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, publicado en 1749, Rousseau veía como posible para un número reducido de hombres, se amplía y se universaliza en el *Emilio*. Lo que el sociólogo y el filósofo de la historia consideraba privilegio de pocos, el pedagogo lo generaliza buscando la forma de que a todos les sea

<sup>3</sup> RODOLFO MONDOLFO, *Rousseau y la conciencia moderna*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962, pág. 22-23.

dado el camino para desarrollar la dignidad de su naturaleza. También en esto ha de verse el aliento democrático de la obra de Rousseau, que no creyó justo reducir el ideal de una vida mejor para un pequeño grupo de elegidos. Más aún, porque comprendió que no podría llegarse al hombre social, dentro de una comunidad más perfecta, sin preparar a todos los individuos para construir esa comunidad y vivir en ella.

Y bien, la universalización y la accesibilidad de todos los hombres a su propia naturaleza, a la dignidad de la naturaleza humana, se produce en Rousseau por vía de la *educación natural* o *educación conforme a la naturaleza*.

Las dos caras del concepto de naturaleza, determinan el doble sentido de la educación natural, en tanto ésta tiene, por un lado, un sentido negativo y, por el otro, uno positivo.

#### 4. — *La educación negativa*

Una educación que opone barreras a la artificiosidad de la vida social y cultural, es lisa y llanamente una *educación negativa*. La educación negativa es para Rousseau a la vez que un momento del proceso educativo general, un método para el educador y un estilo de educación. Tratemos de desentrañar el sentido de cada uno de los aspectos de la educación negativa.

Hemos dicho que la expresión *educación negativa*, designa, en primera instancia un momento en el desarrollo del proceso educativo. En verdad la educación debe ser negativa, como veremos luego, en todo momento, pero hay estadios del proceso educativo en los cuales ese tipo de educación debe predominar más que en otros.

Partiendo de una confianza absoluta en la bondad de las tendencias espontáneas y naturales, Rousseau busca preservar al educando de toda presión que pueda alejarlo de su desenvolvimiento normal. Pero esta preservación es fundamentalmente válida para los primeros años de la vida. "La primera educación —escribe en el *Emilio*— consiste... no precisamente en enseñar la virtud y la verdad, sino en salvaguardar el corazón del vicio y el espíritu del error. Si uno pudiera no hacer nada y nada dejar hacer..." Rebelándose contra toda acción coercitiva, y hasta alguna que pudiera importar mera sugerencia, Rousseau construye un acabado programa de educación hasta la edad de doce años, que supone una determinada actitud del educador.

Lo dicho demuestra, pues, que la educación negativa no es un simple momento en el desarrollo de la educación infantil hasta una determinada edad (los doce años en este caso), sino que es mucho más: un *método* y un *estilo* de educación.

La educación negativa se convierte en una concreta manifestación didáctica de la educación natural. Su punto de apoyo es la tesis de que la educación del niño debe surgir del libre desenvolvimiento de su propia naturaleza. En otras palabras: es el corolario del principio según el cual la educación del niño debe realizarse en un ambiente de libertad y para la libertad. Como muy bien lo ha señalado Vial, en el pensamiento roussoniano, "la educación negativa es, desde luego y antes que nada, sinónimo de educación de la libertad"<sup>4</sup>.

Lo curioso es que esta "educación negativa", no es de ningún modo "negación de la educación" sino por el contrario afirmación de una forma distinta de educación a la vigente en su tiempo. La concepción reinante de la educación tendía a hacer de ésta un instrumento que destruyese una naturaleza que se consideraba viciada en su origen. Por eso frente a una educación correctiva, Rousseau levanta su método negativo como afirmación de una naturaleza cuya originalidad es preciso cultivar. Esto explica que, en el mismo *Emilio*, Rousseau haya terminado por definir a la educación negativa como educación *activa* o *progresiva*, lo que queda claramente expresado con sus palabras: "Yo llamo educación negativa a aquella que tiende a perfeccionar los órganos que son los instrumentos del conocimiento, antes de darle contenido alguno, y que procura preparar el camino a la razón por el ejercicio adecuado de los sentidos. Una educación negativa —agrega— no supone un período de pereza; lejos de ello. No da ninguna virtud, pero protege del vicio; no inculca la verdad, pero protege del error. Prepara al niño para que siga el camino de la verdad, cuando llegue a la edad de comprenderla; y el de la bondad, cuando pueda reconocerla y amarla".

##### 5.— *El educador en la educación negativa*

Los críticos de Rousseau generalmente han dado una interpretación incorrecta de la educación negativa, tomándola en su sentido absoluto y llegando a la conclusión de que al postularla el ginebrino negaba el papel del

<sup>4</sup> FRANCISQUE VIAL, *La Doctrina educativa de J. J. Rousseau*. Trad. y prólogo de Jesús Sanz. Barcelona, Labor, 1931, pág. 117-118.

educador. Y este es sin duda, un problema interesante a considerar. En parte lo hemos resuelto, afirmando que la educación negativa no es negación de la educación, sino una forma distinta de educación que se opone a la imperante de carácter correctivo y coercitivo. El solo hecho de que Rousseau haya llegado a verla como "educación activa", y no como "pasiva", como medio de perfeccionamiento de las fuerzas típicas del ser ya señala que el educador no pierde su papel, sino que lo juega de manera diferente.

La educación negativa, como doctrina implica una nueva concepción de la relación educativa. Hasta Rousseau la relación educativa se organiza desde "lo educador", involucrándose en esta expresión todo aquello que es externo al desarrollo del educando, esto es el educador personal y lo que él representa como miembro de una determinada comunidad, de una forma organizada de vida, y como trasmisor de los bienes culturales de la sociedad. Rousseau produjo la conocida "revolución copernicana" en la pedagogía, que lleva a estructurar la relación educativa y el proceso que ella implica *a partir del educando*, trasladando al ámbito de la educación, lo que el pensamiento moderno había ya resuelto por ejemplo, en el terreno del conocimiento y que Kant habría de expresar con tanta claridad más tarde.

Pero en esta nueva concepción de la relación educativa, el educador no desaparece. Por el contrario, se afirma realizando su labor desde una nueva actitud frente al proceso educativo. No influye, estimula; no impone actitudes, sino que crea condiciones para que estas actitudes se desarrollen; no manda, sugiere. Se transforma también el concepto de autoridad, que deja de residir en la persona o en el grupo que él o esa persona representa, para transferirse a una situación arquitecturada sobre los cimientos de los intereses y necesidades del ser que se educa. Esta doctrina supone para el educador mayores exigencias que las que le plantea la doctrina tradicional, en tanto ha de tener conciencia de los objetivos a alcanzar y de los medios más convenientes para que el sujeto los alcance. Sólo que ha de tener la suficiente inteligencia para hacer que el educando los busque y los encuentre por sí solo en la medida de sus posibilidades y de sus capacidades.

Lo dicho no significa que el problema del educador haya sido planteado con la suficiente claridad por Rousseau. Los principios expuestos son más bien una consecuencia posterior de la doctrina roussoniana. En efecto, Rousseau fue un gran teórico de la pedagogía, no un educador. Por tanto pudo construir su edificio pedagógico, sin los inconvenientes y preocupaciones que inevitablemente padece un educador profesional. Esta carencia de

elementos reales para formular una teoría del educador, se da sin embargo en sus discípulos y en sus continuadores que al ser todos educadores prácticos debieron insistir en el educador. Me refiero a Basedow, Salzmann, Rochow y Pestalozzi. El caso de Salzmann, roussonianista extremista, que llegó a afirmar que el buen educador puede por sí solo hacer una buena educación<sup>5</sup>. Pero, en última instancia, lo que interesa es destacar que la concepción roussoniana del proceso y la relación pedagógicas, echó las bases para que fuese posible una real integración de los dos términos del acto educativo, desde un ángulo hasta entonces desconocido.

#### 6. — *Educación genética y personalidad*

Como hemos dicho la educación negativa es la manifestación didáctica de la doctrina de la educación natural concebida, precisamente en sentido negativo, esto es como una barrera opuesta a la artificiosidad de la vida social. Pero también la educación natural es, en Rousseau, aquella que se adecúa al proceso de desarrollo de la naturaleza individual y éste es el sentido positivo de la educación natural.

Con esta tesis el autor del *Emilio* dio otro gran salto en la historia de la pedagogía y trazó las líneas capitales de la teoría de la educación genética hoy universalmente aceptada.

El desarrollo de la concepción genética de Rousseau, parte de la afirmación del principio de *actualidad de las edades*, que se opone a la vieja idea homunculista que hacía del niño un adulto en miniatura y de los estadios del crecimiento meros momentos de transición sin ningún valor intrínseco.

En Rousseau ese principio alcanza manifestaciones concretas en la asignación de un valor específico a la infancia, y en el postulado de la necesidad de su conocimiento antes de toda educación. En verdad, el reconocimiento del valor intrínseco de la infancia, es el fundamento de la educación paidocéntrica, mientras que la afirmación del conocimiento previo del educando lleva a la psicologización del proceso educativo, tan bien aplicado, por algunos continuadores de Rousseau, sobre todo Pestalozzi en el siglo XIX, y por Claparède, entre los pedagogos del siglo XX.

Rousseau obligó a sus contemporáneos a ver y mirar la infancia como etapa necesaria dentro de la vida humana. Hasta él todos habían desviado

<sup>5</sup> Sobre la problemática del educador en Rousseau y en sus continuadores, véase de Roger Cousinet: *¿Qué es la educación nueva?* (Buenos Aires, Kapelusz, 1952, Cap. III).

su mirada de la infancia, aún aquéllos que habían hecho reformas sustanciales de la educación, como por ejemplo el mismo Vittorino da Feltre. Se trató siempre de hacer salir al hombre del niño, de preparar al hombre en el niño, sin respetar las posibilidades y las necesidades presentes del sujeto en ese momento de su desarrollo. En nombre del futuro se sacrificaba el presente con los elementos del pasado (*educación preparación*). Rousseau grita a los cuatro vientos: "Ustedes están equivocados. Conozcan al niño, porque seguramente no lo conocen. Mírenlo como es, porque no lo miran. No quieren verlo ni mirarlo. No quieren al niño porque la infancia les ofende. Ustedes querrían que el niño fuese hombre al nacer". Quizás Rousseau no supo manejarse con los niños concretos, pero amó "la infancia", y esta infancia en él es un concepto general, universal, que demuestra que no había escapado del todo al racionalismo de la época.

Pero más aún que afirmar el valor de la infancia, Rousseau vio claro que atender los intereses y necesidades de la infancia, es la mejor manera de preparación para la vida adulta. De este modo Rousseau adquiere una gran actualidad, al abrir las vías al desenvolvimiento del concepto de la *educación formación*, forma superior a la de la *educación preparación*. El principio tiene plena vigencia en nuestro tiempo, en el cual nos vemos urgidos a trabajar sobre las disposiciones del sujeto en el momento en que se dan, como único medio para evitar el desajuste en una sociedad tan aceleradamente cambiante como la nuestra.

La concepción paidocéntrica de Rousseau está estrechamente ligada a su naturalismo, puesto que él ve en el niño el perfecto estado de la naturaleza, el hombre natural, espontáneo y puro por excelencia.

La obra de Rousseau es consecuente con esa idea, y trasmite al *Emilio* su misma estructura. En efecto esta obra contiene cinco libros, cada uno de los cuales está dedicado a una de las edades del desarrollo del sujeto, indicando en cada caso las previsiones educativas que deben tomarse.

El pensador ginebrino realizó una clasificación de las edades, encontrando en cada una de ellas una característica que las distingue de las otras y que la educación ha de tener en cuenta para llevar cada estadio de su perfección.

La educación debe seguir así un curso natural, que se despliega en cinco etapas.

En la parte final del primer libro del *Emilio*, Rousseau se ocupa de la educación del niño hasta los dos años. Para él la educación comienza desde

el nacimiento y debe impedirse que el niño adquiera hábitos de los cuales pudiera llegar a ser esclavo. "Hay necesidad —dice— de colocarlo en estado de ser siempre dueño de sí mismo y de hacer en todas las cosas su voluntad".

Cuando el niño comienza a hablar y andar entra en una nueva fase. Es el período de la infancia (2 a 12 años) que se estudia en el segundo libro del *Emilio*. En esta etapa el sujeto debe ganar una mayor conciencia de la libertad y la educación negativa y la formación moral mediante sus consecuencias naturales van adquiriendo mayor configuración. No llenar la mente de conocimientos, sino desarrollar primordialmente el juicio.

En el período de los 12 a los 15 años Emilio es ya adolescente y posee, por ello, la máxima plasticidad para el aprendizaje. Pero ese aprendizaje procederá del mismo sujeto. Es el momento de la reivindicación de los oficios y el de la lectura de *Robinson Crusoe*.

El libro IV está dedicado a la educación entre los 15 años y el matrimonio. En esa edad el sujeto se eleva paulatinamente sobre la vida estrictamente sensitiva, recibe conceptos e ideas y se hace apto para juzgar. Despiertan sus pasiones y cabe la iniciación de la educación moral. Aquí Emilio aprende a conocerse a sí mismo, a los demás hombres y entra en relación con ellos. La historia es la disciplina mejor para el conocimiento de los hombres, no la sociedad donde estos disfrazan sus acciones con palabras. El maestro enseñará realidades y sólo realidades, dejando al alumno la labor del juicio.

En el libro V se habla de la entrada de Emilio en el mundo, la importancia formativa de los viajes, el noviazgo y el matrimonio con Sofía. Es aquí donde Rousseau hace referencia a la educación de la mujer, una de las partes más débiles de su doctrina pedagógica, y en la cual repite los lugares comunes de la época. Aunque era capaz de exaltar lo femenino, no supo ver las posibilidades educativas de la mujer. Por algo Marc de Girardin decía que, "de todas las cosas que Rousseau ignora, nada ignora más que la mujer".

#### 7. — *La educación social y nacional*

Pero como hemos afirmado antes, el *Emilio* expresa la doctrina del hombre individual, y para algunos es el compendio de una pedagogía aristocratizante que aleja al hombre de sus semejantes, del grupo humano, y postula un tipo de educación que sólo puede ser alcanzado por seres elegidos. Es posible que si se toma al *Emilio* aisladamente se llegue a una interpretación

semejante, aunque no está ausente en él la formación para la vida social, sobre todo en los dos últimos libros. Lo que en realidad sucede es que el momento social es una etapa final, algo así como una conquista a la cual se arriba después de un intenso proceso de autoformación. Pero aún haciendo caso omiso de la presencia de lo social en el *Emilio*, la supuesta ceguera de Rousseau para la educación social y para sus formas concretas —la educación pública y la educación nacional— está desmentida en otros escritos suyos.

Hasta el *Emilio*, el pensamiento educativo de Rousseau se mantiene predominantemente en el plano de lo individual, de la formación del individuo para sí mismo, y sólo tangencialmente para la sociedad. No ha de olvidarse que el individuo formado es la condición previa para la realización de la sociedad del *Contrato*, y que a la libertad natural se agrega la libertad civil para un ser a la vez preparado para la libertad moral, cima del ideario roussoniano.

El aspecto individualista es el más conocido de la pedagogía roussoniana porque generalmente se la expone sobre la base exclusiva de su obra maestra, dejando de lado otros escritos y otras opiniones, especialmente posteriores en los cuales el ginebrino desarrolla la idea de la educación nacional y pública. Me refiero en particular a sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* escrito diez años después que el *Emilio*. Este trabajo contiene sugerencias que hacen nuevamente de su autor un anunciador de corrientes educativas que habrían de concretarse después y a través de la política educativa de la Revolución.

Según Rousseau el capítulo más importante para una reforma política y social es el educativo. Más que las leyes y las costumbres, la educación. “Es la educación —dice— quien debe dar a las almas su forma nacional, y dirigir de tal modo sus opiniones y sus gustos, que sean patriotas por inclinación, por pasión, por necesidad. Al abrir los ojos un niño debe ver la patria y hasta la muerte, no debe ver más que la patria. Todo verdadero republicano —continúa— junto con la leche materna mama el amor a la patria, a las leyes, a la libertad. Ese amor hace toda su existencia, no ve más que la patria, vive sólo para ella”. Estas palabras, aparte de traducir una nostalgia profunda por el terruño, sirven a Rousseau como punto de apoyo para delimitar el concepto de *educación nacional*. “La educación nacional —según él— no pertenece más que a los libres que tienen una existencia común y que están verdaderamente ligados por la ley”. Y siguiendo su principio

predilecto de la graduación y la progresividad de la enseñanza, formula los pasos a seguir en ese conocimiento de la patria; primero, aprender con las cosas del país; después conocer todo lo que el país produce; en tercer lugar, las provincias que lo componen; en cuarto término, la historia, para seguir con las leyes, de modo que “no exista acción bella ni hombre ilustrado de los cuales no estén llenos el corazón y la memoria”.

Quien ha leído el *Emilio*, que es un libro generalizador cuyos principios son realizables, según su autor en cualquier lugar y tiempo, puede asombrarse de que el mismo Rousseau haya escrito esta exaltación de lo nacional.

Es indudable de que además del hecho de estar obligado a referirse a una situación muy concreta —la organización de un gobierno republicano— sus *Consideraciones* . . . le servían de instrumento para sostener un punto de vista sobre la incidencia política y social de la educación. Para interpretar la actitud de Rousseau ha de tenerse en cuenta que el siglo XVIII produjo un cambio radical en el fondo y en las formas de la educación pública. Esta educación pública había nacido dos siglos antes con sentido religioso, para transformarse después en una educación pública estatal cuyo objetivo era la formación del servidor del Estado, con tendencia netamente aristocratizante. El pueblo no tenía acceso a la educación ni posibilidades de llegar a ella. De ahí que la educación nacional, en ese momento, como expresión de un nuevo estilo político-educativo significaba un prodigioso avance hacia la concreción del derecho educativo como un derecho para todos. A la figura del servidor del estado levantada por la educación pública estatal del despotismo ilustrado, la educación pública nacional opone la nueva figura del ciudadano que no sirve al Estado sino que es partícipe de su conducción. Y es bien sabido todo lo que la figura del ciudadano debe a la mano de Rousseau.

La fina sensibilidad de Rousseau para captar las exigencias de su tiempo explica una a una las frases que sobre educación escribió en su estudio sobre la reforma del gobierno de Polonia, y permite entender esa preocupación suya por la categoría del ciudadano. “Todo hombre público en Polonia —manifiesta— no debe tener otro estado permanente que el de ciudadano”.

También está claramente expuesto el principio de la universalidad del derecho a la educación, la igualdad de oportunidades educativas para todos. Rousseau entiende que siendo todos —pobres o ricos— iguales para la constitución del Estado, deben ser educados en conjunto y de la misma manera. Es decir que la educación ha de ser pública y alcanzar a todos los sectores sociales. Y adelanta explícitamente el principio de la educación gratuita. Si

ésta no fuese posible en todos los casos cree que debe darse a un costo que todos puedan afrontar, e incluso brega para que el estado beque a quienes no están en condiciones de pagar su educación, o cree plazas gratuitas para ellos. Más aún, hace de las becas verdaderos títulos de honor, antes que dádivas, y llega a colocar a sus beneficiarios por encima de los que no necesitan de esa ayuda.

*Educación pública, educación nacional, educación para todos, educación gratuita y educación democrática*, están así firmemente insertadas en el idea-educativo de Rousseau, y constituyen otros de los tantos caminos que contribuyó a abrir y que, desgraciadamente, no han sido recorridos del todo a pesar de haber transcurrido dos siglos desde su exposición.

#### 8. — *La teoría de la personalidad*

Ya al término de este estudio, experimento la sensación de no haber salido de lo exterior, de lo más conocido y difundido del Rousseau pedagogo. Todavía hay en él ideas mucho más profundas que forman el cimiento de toda su pedagogía. Una breve referencia a ellas para concluir.

El mismo Rousseau ha afirmado que en tanto la naturaleza y la educación natural significan exigencia de libertad y de desenvolvimiento integral del hombre, el *Emilio* es mucho más que una pedagogía: es la fundación de una doctrina de la personalidad.

Desarrollo integral y actividad libre son los presupuestos de la personalidad, presupuestos que están estrechamente unidos, porque sólo el hombre que constituye por sí una totalidad espiritual es capaz de ser libre y —como interpreta Mondolfo<sup>6</sup>— sólo el hombre que desarrolla libremente sus actividades naturales es susceptible de convertirse en una totalidad. El sentido último de la pedagogía roussoniana es luchar contra el fraccionamiento del hombre, y por eso pide reiteradamente que éste sea siempre “uno”. “Haced al hombre uno y lo haréis tan feliz como pueda serlo”. Este y no otro es el significado esencial de su genetismo pedagógico que postula el derecho de cada edad a ser una y total en su momento preciso. Y en este sostener el ideal de una personalidad autoformada y capaz de realizarse con sus propias fuerzas —ideal que retomara después Kant y Goethe— reside el más original de los aportes de Rousseau a la historia de la educación humana.

<sup>6</sup> RODOLFO MONDOLFO ha hecho un agudo análisis de la teoría roussoniana de la personalidad. (*Ob. cit.*, cap. IV).

Han pasado doscientos años desde la aparición del *Emilio*. Si Eduard Spranger llamó a Rousseau el "filósofo del anhelo", nosotros podríamos llamarlo el "pedagogo del anhelo". Es verdad que la ciencia, en el curso de su natural progreso, nos ha dado instrumentos más perfectos que los que pudo utilizar el ginebrino para construir un sistema para la formación del hombre. ¡Ojalá la vida nos dé la misma fuerza de sus sueños!